

encarnizado,/ la vibración de tu atavío/ circula en la sal de la roca/ como un satánico desliz./ Oh testimonio visceral,/ ramo de rayos congelados,/ cabeza de una monarquía/ de brazos y presentimientos:/ retrato del escalofrío,/ nube plural de lluvia negra”. No es éste un poema de antología, no es un gran hallazgo, y en el conjunto de la obra nerudiana es poca cosa. Pero por lo menos se acerca al mejor Neruda, o lo evoca a ratos, y esto por dos razones principales. Una de ellas es la buena música de sus versos eneasílabos, la propiedad eufónica. Repárese en el sutil zumbido -no alcanza a ser aliteración propiamente dicha- de las palabras con *z*: encarnizado, desliz, cabeza, brazos. Nótese también la suave resonancia de la *i* acentuada que rompe el diptongo de trecho en trecho: atavío, monarquía, escalofrío. La otra razón de la calidad del poema son sus imágenes. El pulpo es “monje” -rápida asociación visual- pero, mejor aún, “monje encarnizado”, que se prolonga en el “satánico desliz”. “Cabeza de una monarquía” está bien, y mejor aún el final redondo, típicamente nerudiano: “nube plural de lluvia negra”.

Al último Neruda, que fabricaba poemas con una facilidad excesiva, y por eso mismo ambigua, casi todos los textos que le quedaban -como éstos- con dejos innegables de su oficio y maestría, escribiera lo que escribiera. Pero también -como éstos- le quedaban muy inferiores a su obra mayor, digamos las *Residencias* y las *Odas elementales*. Lo cual no es maravilla, porque a ningún poeta -ni siquiera a Neruda- se le puede pedir un máximo constante. Merecía publicarse esta obra suya casi póstuma.

IGNACIO VALENTE

<https://doi.org/10.29393/At463-26RAIV10026>

LOS REGRESOS DE AZUL

De *Jorge Arrate*

Las Ediciones del Ornitorrinco. Santiago, 1991. 256 págs.

Debo advertir desde la primera línea que esta novela queda por debajo del umbral de calidad que yo suelo exigir para mis comentarios. Escribo sobre ella, no obstante, para satisfacer la natural curiosidad del público por la obra de ficción de un personaje político. El hecho de tratarse de un autor amateur llama a comprensión e indulgencia, pero dejarse llevar por éstas sería injusto con los demás autores. Intentaré un juicio ecuánime.

Sorprende, en primer lugar, el arrojo de Jorge Arrate para lanzarse a una modalidad narrativa sofisticada: la de una ficción dentro de la ficción. En efecto, el primer nivel de invención está constituido por dos personajes, abuelo y nieta, que conversan sobre la invención del segundo nivel, a saber, la novela que escribe el abuelo. Hay, pues, una

novela dentro de otra novela. Curiosamente, este arriesgado recurso es lo mejor del libro. El diálogo de abuelo y nieta acerca de la ficción del primero es inteligente, humano y ameno. No ocurre otro tanto con la novela interior. Al comienzo tiene uno la impresión de que se turnarán los dos planos de ficción en capítulos más o menos alternos, lo cual asegura por lo menos que una parte de la obra -la del diálogo familiar- será exitosa. Pero a poco andar nos damos cuenta de que no ocurrirá así.

Resulta que la simpática conversación de abuelo y nieta sólo cubre cuatro de los diecinueve capítulos de la novela, a saber, menos de una treintena de páginas en conjunto. Todo el resto del relato está ocupado por el texto de la novela escrita por el abuelo, mucho menos interesante que los comentarios al margen intercambiados entre el narrador y su nieta. Este texto mayor trata de la relación amorosa entre Miguel Azul y Gaetana, de su doloroso exilio, del retorno a su patria, de la opresiva dictadura instaurada en ésta por el tirano Bapo, y principalmente de la conjuración tejida por Miguel, Gaetana, Milos y Daniel para hacer desaparecer por algún tiempo al tirano y derrocar así su ominoso régimen, meta que por fin consiguen. Debe observarse que las latitudes geopolíticas de los escenarios son indefinidas y, como indica el autor al comienzo, sus lugares y personajes corresponden sólo a los delirios de un espíritu exiliado a lo largo de un interminable destierro.

La primera de las razones por las cuales esta novela no funciona es el grado de caricatura y abominación que reviste como personaje el tirano Bapo. Ya su aparición en escena está rodeada por adjetivos de iniquidad. Pero el *crescendo* de la maldad de ese monstruo supera todos los límites del maniqueísmo aceptable en una novela. Bapo no es sólo una encarnación pura de la maldad política, calidad quizá aceptable todavía, sino que es una especie de monstruo *biológico*, un aborto de la naturaleza, que despide, por ejemplo, una fetidez insoportable de alcance no ya mefítico sino metafísico. Con un personaje así, el relato queda todo él lastrado por un peso alegórico difícil de resistir: todo lo que, incluso en la hipótesis de la malignidad extrema, puede quedar aún de claroscuro, de ambigüedad humana, de resto de humanidad, se ve anulado por una irrealidad que conduce directamente a la trivialidad. No se trata de un vuelo de la fantasía: hablar de lo grotesco, de lo bufonesco, del esperpento, sería inexacto, porque no hay tal vuelo de fantasía, sino sólo una invención tan inexperta que parece escolar.

El efecto que produce la monstruosidad de Bapo sobre el resto de la novela -que trata, al fin y al cabo, de su derrocamiento- es muy contraproducente. De haber mencionado su malignidad en términos implícitos, dejando en la indeterminación sus rasgos precisos, la novela habría ganado. Pero no: he aquí una de sus descripciones: "Lo horrible, en definitiva, no era su aspecto sino su alma turbia como el agua de la alcantarilla, alma maloliente como erizo descompuesto, infecciosa e indigesta, un alma de mierda, verdaderamente de mierda. Porque alma tenía. Era uno de los nuestros. Sólo que en ese pedazo de carne y pelos se habían concentrado todos nuestros defectos, la totalidad de nuestros vicios, sin ninguna de las virtudes posibles. Bapo era una inaudita

concentración de nuestras maldades en cantidad nunca antes conocida”. Sé sólo de un autor capaz de hacer caminar un relato con semejante personaje de vituperio: León Bloy. Pero Arrate no posee sus condiciones, y por eso el monstruo le resulta trivial en sí mismo y trivializante de todo cuanto le rodea.

El segundo peso muerto de esta novela es una obligación narrativa que el autor aprendió quizá en antiguos novelones ya no vigentes: el supuesto deber de ambientar la acción en escenarios lenta y latamente descritos, pesadamente minuciosos, que no agregan nada al relato mismo, sino que lo hacen en extremo difícil de leer, salvo que uno opte simplemente por saltárselos. Ellos imprimen a la acción, cuando ésta necesitaba ser más rápida, una lentitud exasperante, plena de rellenos. La novela exigía ser expurgada de ellos para resultar legible. Lo más interesante dentro de esta masa narrativa más bien espesa me parece la relación amorosa entre Miguel Azul y Gaetana, que tiene algo de misteriosa, sobre todo por parte de ella. Pero esta relación también queda sumergida en el relleno.

Lo que más sufre con la descripción externa es, sin embargo, la acción misma. Después de todo, ésta es una novela de acción, y lo es cada vez más a medida que avanza el triunfante complot por “esfumar” al tirano Bapo en una compleja operación de comandos. Pero la acción necesitaba su lenguaje propio, escueto y esencial, no estas irrelevantes y demoras ambientaciones. Toda clase de rellenos e inercias -las considerativas, las descriptivas, las rememorativas- conspiran contra lo que podría haber sido el lenguaje de la acción. Tampoco la dimensión política del asunto -simplificada y trilladísima- tiene mayor interés. La prosa de la novela posee los atributos de una redacción correcta e inteligible, pero sin vuelos de lenguaje: sin estilo.

Por último la escasa verosimilitud de tantos sucesos -comenzando por la operación misma del complot- no se debe a la fantasía, que es escasa en el relato, sino al poco creíble exceso de casualidades y simplificaciones que el autor se permite. El final, aparte de poco verosímil -con su maremoto y su *happy end*- tiene un dejo edificante de moraleja. En suma, lo rescatable de esta novela son ciertos rincones del alma de Gaetana y ciertos pasajes del diálogo del abuelo narrador con su avispada nieta.

IGNACIO VALENTE